

SOLEMNIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT
Homilía de Mons. Luis Martínez Sistach, arzobispo metropolitano de Barcelona
27 de abril de 2007

Con gozo celebramos la Eucaristía con motivo de la solemnidad de Nuestra Señora de Montserrat coincidiendo con la clausura del Año Jubilar que ha conmemorado los 125 años de la coronación canónica y proclamación de la Moreneta como Patrona de Cataluña. Fue un antecesor mío en la sede de Barcelona, el obispo José M. Urquinaona, el gran impulsor de la declaración pontificia de Nuestra Señora de Montserrat como Patrona del Principado, haciéndose portavoz cerca del Papa León XIII del deseo de todos los obispos y los cristianos de Cataluña.

Durante este Año Jubilar pedido por Padre Abad y concedido por el Papa Benedicto XVI, se han intensificado las peregrinaciones a esta Santa Montaña y las visitas espirituales que desde todas partes una multitud de cristianos han hecho a la Madre Bruna. Demos gracias a Dios por todos los bienes espirituales que las comunidades cristianas y los cristianos han obtenido durante este jubileo, encontrando en María consuelo y esperanza.

La visita a nuestra Patrona en este entrañable Santuario nos trae siempre el recuerdo y la vivencia de las raíces cristianas de Cataluña. Los obispos de Cataluña hemos recordado estas raíces con un documento del año 1985. Con motivo de este Año Jubilar que clausuramos hoy, los obispos hemos publicado una carta pastoral que pretende ayudar a reflexionar cómo vivir, cómo anunciar, cómo hacer fructificar el don inestimable de la fe cristiana en las circunstancias de hoy. Hoy vivimos tiempos acelerados. Eso provoca a menudo inquietud, también religiosa. Y la inquietud puede degenerar en desencanto. Los obispos decimos que tampoco ahora, como en la tormenta del lago de Tiberiades, Jesús duerme, ni que pudiera parecerlo. También ahora nos dice ¿"por qué sois tan cobardes, gente de poca fe"? (Mt 8, 26).

María, en el evangelio que hemos escuchado, fue decidida a la montaña a ayudar a su prima Isabel que en su edad adelantada esperaba a un hijo. También hoy la Iglesia es enviada a ayudar los hombres y mujeres de la humanidad que viven en medio de muchas necesidades espirituales y materiales. Todos los cristianos tenemos que asumir plenamente que nuestra situación, en este comienzo del siglo XXI, es de misión. El anuncio de Jesucristo es para nosotros una exigencia y una expresión del amor a los hermanos. Es la hora de reanudar el impulso misionero de nuestro Concilio Provincial Tarraconense (Cf. Resolución 25).

El sentido de la misión encomendada por el Señor proyecta nuestras comunidades cristianas hacia adelante. No tenemos que tener miedo a ciertos cambios culturales que hoy vivimos. La levadura cristiana puede hacer fermentar muchas culturas, también la que hoy vemos nacer y que a menudo nos desconcierta. Los obispos recordamos que ésta ha sido la experiencia de los dos mil años de historia de la fe cristiana.

Los cristianos necesitamos la libertad efectiva con el fin de hacer actual la presencia del Señor resucitado y de ofrecer la Buena Nueva de la salvación. Estamos plenamente convencidos que cuando el Evangelio es acogido por las personas, la sociedad se hace también más responsable, más atenta a las exigencias del bien común y más solidaria con los necesitados. La voz profética de la Iglesia no tendría que incomodar a nadie. Sería nuestro conformismo lo que privaría a la sociedad de una preciosa sabiduría que hemos recibido de arriba y que ha estado presente y activa en las raíces de nuestra antropología y de nuestra historia.

Recientemente al Papa Benedicto XVI nos ha hecho el obsequio de su exhortación apostólica postsinodal *El Sacramento de la Caridad* sobre la Eucaristía como misterio que se tiene que creer, que se tiene que celebrar y que se tiene que vivir. El Papa habla de la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios. Todo lo que hay de auténticamente humano encuentra en la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. Así, el culto a Dios en la vida humana no puede quedar

relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar cualquier aspecto de la realidad de la persona humana (Cf. *El Sacramento de la Caridad*, 71).

Nos hace falta a todos una mayor comprensión de la relación entre Eucaristía y vida cotidiana. La espiritualidad eucarística no consiste sólo en la participación en la misa, sino que comprende toda la vida. El Papa dirigiéndose a los cristianos laicos les dice que "tienen que cultivar el deseo que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida diaria, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad" (N. 79). Ya que el mundo es el campo en el que Dios pone sus hijos como buena semilla, los laicos cristianos tienen que vivir la novedad radical del Evangelio en las condiciones comunes de la vida (Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 14 y 16).

La Exhortación apostólica relaciona la belleza y la liturgia. La belleza es un atributo de Dios. Y Benedicto XVI expone que "este atributo no es un simple esteticismo, sino la manera cómo nos llega, nos fascina y nos cautiva la verdad del amor de Dios a Cristo, haciéndonos salir de nosotros mismos y atrayéndonos así hacia nuestra verdadera vocación que es el amor" (N. 35).

La verdadera belleza es el amor de Dios que se ha revelado definitivamente en el misterio pascual. Y la belleza de la liturgia es parte de este misterio y es expresión eminente de la gloria de Dios. El memorial de la muerte y resurrección de Cristo lleva en él mismo los rasgos de aquel esplendor de Jesús en su transfiguración. La belleza -concluye a Papa- no es un elemento decorativo de la acción litúrgica, sino que es más bien un elemento constitutivo, ya que es un atributo de Dios mismo y de su revelación" (Cf. Id.). Deseo agradecer a la comunidad benedictina de Montserrat que en las celebraciones litúrgicas ayuden a disfrutar de la belleza que es constitutiva de la celebración del misterio pascual.

Celebramos la solemnidad de la Madre de Dios de Montserrat reunidos a sus pies. La Iglesia ve en María, "mujer eucarística", su icono más conseguido y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. En uno de los vitrales de este Santuario se ve cómo San Juan da la comunión a la Madre de Dios. Los obispos acabamos nuestro documento recordando que María fue invitada a las bodas de Caná y que fue una feliz ocurrencia porque por su intercesión plena de fe ante Jesús, un vino de alta calidad corría por las mesas del banquete y, con él, la alegría. Montserrat ha sido siempre para los catalanes de esta querida tierra una fiesta, un convite. Todos hemos encontrado, desde pequeños, la presencia próxima y entrañable de María que invita a la oración del corazón. Los monjes de San Benito han ido enriqueciendo Montserrat con los dones de la contemplación, de la liturgia, de la cultura y de la acogida.

Ojalá seguimos la voz de María que, señalándonos a Jesús, nos dice a todos: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5). De esta manera el agua de nuestras ilusiones y esperanzas, de nuestros proyectos y problemas, se verá transformada en el vino generoso de la gracia de Dios.